

## CRÓNICA DE UN DEBATE

Carlos Villar Flor

**N**o hace mucho colgué en mi blog tres entradas que trataban de los editores, esos intermediarios que desempeñan un papel tan imprescindible para la pervivencia de la literatura como fenómeno social. Dentro del respeto que me merecen estos profesionales, mis entradas censuraban las malas prácticas de algunos, empezando por los que nunca contestan ni acusan recibo de las propuestas, siguiendo con los que nunca liquidan los modestos porcentajes de ventas acordados con sus autores, y finalizando con los que apenas se esfuerzan en plantear iniciativas para promocionar sus colecciones, con especial referencia a los que mantienen esa pasividad promocional amparados en sus ingresos institucionales (<http://cvillarflor.blogspot.com>).

Entre otras reacciones esperables, a los pocos días recibí un escrito de un editor (no me quiso decir de qué editorial) para discrepar sobre mis puntos de vista. Como yo condenaba prácticas claramente reprobables, su contraataque se basaba no tanto en cuestionar lo indeseable de estas, sino en apuntar que los escritores tienen otros vicios corporativos igualmente preocupantes, o más. Yo le contesté que no podía garantizar la pureza de un colectivo tan heterogéneo, pero que se trataba de aspectos diferentes. Lo que yo censuraba en mis entradas blogueras era que los editores no cumplieran lo que prometían (liquidación y promoción, sobre todo), pero el autor, le escribí, cuando se presenta a un concurso o ante un editor, va con su verdad por delante,

es decir, con su texto. Podrá ser malo o bueno, publicable o no, pero no incumple ningún compromiso; su propia desnudez es testimonio de su verdad (si me perdonan la cursilería).

Pero mi infatigable interlocutor me replicó al poco tiempo por triplicado y me negaba la mayor. Era yo bastante ingenuo por creer que los autores son tan honestos. “¿Usted nunca ha oído hablar de los escritores que copian y pegan a diestro y siniestro, sin decir nada a nadie? ¿Sabe que en algunos casos llegan a tener la desfachatez de presentar un texto de otro autor ya publicado y si cuela, cuela? ¿Le tengo que contar las historias y el autobombo con el que se presentan algunos de ellos, hueco y falso hasta decir basta? ¿Necesita que le hable de los que mandan a su madre, su tío... a hablar con el editor porque ladra (o canta, según sea el caso) mejor que ellos?”

Y, como yo había mencionado “la verdad de la creación” (sí, quizá si que fuera algo cursi) mi disidente proseguía negando que los autores sean mayoritariamente creativos: “En las editoriales el pan nuestro de cada día son los ejercicios de estilo que debieron ser guardados en un cajón o ser quemados, los arrebatos y efluvios literarios de tanto letraherido suelto que hay por ahí y que solo son eso, un arrebato; los engendros de quienes creyeron sentir la llamada de la literatura cuando nacieron sin oídos... Es cierto que, al final, nadie puede mentir porque todo queda a la vista, pero eso no quiere decir que

## EDITORIAL

los autores no lo intenten una y otra vez, convirtiendo la labor del editor en un verdadero campo minado.”

Hasta aquí las citas del vehemente editor. No pretendo quitar ni dar la razón a mi interlocutor, que optó por plantear este debate como una disputa entre dos bandos. Mi posición personal en este presunto toma-y-daca es complicada, pues soy autor de libros pero también editor de la revista que tienes entre manos. Pero me ha parecido ecuánime reproducir aquí las quejas de la otra orilla, con la confianza de que tanto autores como editores reflexionemos sobre nuestras deformaciones profesionales (por llamarlas de algún modo) e intentemos superarlas.

La relación entre autor y editor es ciertamente compleja, pero, como casi todas (o todas) las relaciones humanas, se debe fundamentar en la confianza. No es cuestión de tirarse los trastos a las respectivas cabezas, sino de cooperar para perseguir nuestros objetivos dentro de una lealtad mutua que no se rompa por culpa de alguno. Los autores siguen necesitando buenos editores, y estos necesitan buenos autores; aún debemos caminar mucho trecho juntos por los derroteros literarios, y juntos superar los retos que nos planteen las eras digitales, las crisis de lectores, la hegemonía del *star-system*, o lo que quiera que nos depare el futuro.

